
MOMENTO DECISIVO DEL HOMBRE LATINOAMERICANO

URIEL MOLINA, O.F.M.

En la introducción al Documento de Medellín se pone de relieve la marcada atención de la Iglesia latinoamericana hacia el hombre de este continente, que “vive un momento decisivo de su proceso histórico.”

Es evidente que en la elaboración de este documento se tuvo de mira la postura asumida por el Concilio en la Constitución “*Gaudium et Spes*.” Esa postura constituye, en efecto, una especie de reacción contra cierta tendencia, existente desde hace largo tiempo en la Iglesia y que pudiéramos llamar anti-histórica o anti-mundana.

Los partidarios de esta actitud tienden a separar la historia en dos grandes dominios independientes y extraños el uno al otro. Por una parte, la historia sacra, historia divina de redención y de gracia y, por otra, la historia profana.

Esta separación de planos priva al propio quehacer humano de su propia substancia. En el fondo este modo de ver las cosas destruiría toda posibilidad de un diálogo auténtico entre la Iglesia y el mundo. El gran movimiento humano a que actualmente asis-

timos y del que forman parte la promoción política y social de los pueblos y el conjunto de los avances científicos e industriales, sería así considerado como algo prácticamente indiferente para el cristiano, o, lo que es peor aún, como un proceso hostil a Cristo y a la Iglesia.

Esta posición ideológica choca con el humanismo marxista y existencialista. Para Marx el hombre puede hacer su propia historia: es su propio creador. En *El Capital* (Tomo I, p. 303) dice: “esta historia sería más fácil de trazar, pues, como dice Vico, la historia humana se distingue de la historia natural en que la una está hecha por el hombre y la otra no.” El hombre se crea a sí mismo en el proceso de la historia.

En el Documento de Medellín hay una visión historicista del hombre. No se le ve actuando en una historia preestablecida, sino que él *vive* su momento decisivo en el proceso histórico. En los resultados del Encuentro Pastoral de Managua, publicados en La Prensa, el 10 de febrero de 1969, se puntualiza que “la Pastoral tiene que preocuparse del

actuar histórico del hombre como miembro de la Iglesia." Y más adelante: "Para una revisión pastoral hay que partir del hombre en cuanto realidad histórica, en cuanto comprometido con Dios en una misión vivificadora y salvadora del mundo. . ." "Los católicos como hombres de Iglesia, y como miembros del pueblo, estamos comprometidos en su historia, en su acontecer."

¿Cómo se ubica a sí misma la Iglesia en este momento latinoamericano? Así como la Iglesia en el Concilio encaró valientemente el nuevo mundo de estos tiempos, así debe la Iglesia en América Latina encarar el nuevo mundo latinoamericano. Y el Documento de Medellín subraya que la Iglesia no se ha "desviado" del hombre, sino que se ha "vuelto" hacia el hombre, consciente de que "para conocer a Dios es necesario conocer al hombre."

La Iglesia, por tanto, se muestra solidaria no con un hombre abstracto, sino con un hombre que vive un momento decisivo de su historia. Esa solidaridad implica una presencia vital en la encrucijada actual del hombre latinoamericano.

I

La Iglesia ha asistido paso a paso al alumbramiento de América Latina. La historia de ambas se compenetran. Se ha escrito ya que América Latina es un fruto generado por la vanguardia —España y Portugal— del gigantesco y espectacular movimiento europeo que desde el siglo XVI, va unificando la historia de la humanidad. América Latina, configurada por esa vanguardia ibérica, será un crisol mestizo, donde se entrelazarán niveles culturales muy distintos que complejizarán radicalmente las relaciones sociales. Somos hijos de la Cristiandad hispánica en un momento singular de su historia. El siglo XV que fue el siglo del descubrimiento de América fue el de la caída de Bizancio y la amenaza del turco sobre el Mediterráneo y la Europa. El Pa-

pado, convalesciente del cisma de Avignon incapaz de impulsar la reforma por la que se clamaba, sumergido en el hervidero conflictivo de la Italia renacentista, estimuló sin cesar el espíritu de cruzada de la empresa luso-hispánica. Se tanteaba rodear al Islam y alcanzar directamente el extremo Oriente. Pero esa ruta dió con desconocidos mundos no cristianos y no con los infieles del Islam. ¿Qué hacer? Se plantearon problemas inéditos que comenzaron con los portugueses en Africa y los españoles en las islas Canarias y culminaron en América. El ancho mundo se abría a la misión y a la conquista. Ya no es sólo la Cruz, es la Cruz y la Espada. Tal el drama medular de esta historia.



Portugal y España buscaron siempre la intervención pontificia para asegurarse las nuevas posesiones frente a otro posible competidor cristiano y fueron logrando paulatinamente el *Patronato Regio* decisivo en la constitución de la Cristiandad indiana. Con el Patronato Regio, la sujeción de la Iglesia al Estado alcanzó límites insuperados. La evangelización del Nuevo Mundo estaba controlada institucionalmente por los Estados conquistadores, sin relación directa con el Papado. Roma estaba envuelta en la reforma protestante y las guerras de religión. Toda la administración eclesiástica en América Latina estaba controlada por el Rey o el Consejo de Indias.

Se distinguen dos etapas en el proceso de la Cristiandad Indiana. En el momento creador de la marcha entrelazada y contradictoria de evangelización y conquista, San Luis Bertrán es expresión de este conflicto. Tuvo que retirarse a España por el conflicto que originaba en su conciencia cuando los indios eran tiranizados por los encomenderos. Pero grandes obispos como Vasco Quiroga y S. Toribio de Mongrovejo abrieron los caminos más fecundos para la defensa y promoción del indio. Por otra parte, son los concilios americanos que organizan la iglesia indiana y que culminan en el III de Lima (1583) y el III de México (1485). Estos concilios no fueron bien vistos por los Virreyes y sólo se reunieron afines del siglo XVIII para acelerar la liquidación de la Compañía de Jesús.

Comienza entonces una dualidad. El Episcopado y el clero, totalmente dependientes de la Corona, van reposando sobre el "establecimiento." Son hombres morales, conformistas. Pero a la par vive la iglesia misionera, principalmente los franciscanos y los jesuitas. Esa tarea formidable abarca desde California, con Fray Junípero Serra, hasta el Paraguay con los jesuitas. Este período concluyó con la expulsión de los jesuitas y la América Latina quedó como establecida en "siesta colonial" hasta la independencia.

II

Las dos dramáticas décadas que corren de 1808 a 1831, son absolutamente decisivas para la configuración de América Latina hasta nuestros días. Allí queda estructurada la situación básica que está hoy en crisis.

Desde el siglo XII se había iniciado en Europa un proceso de revolución racionalista que podría simbolizarse con la introducción del aristotelismo en la Filosofía y la Teología y por Santo Tomás de Aquino y el espíritu experimental del franciscano Rogerio Bacon. En los siglos XIV y XV se produjo una gran revolución tecnológica, pero ni España ni Portugal estuvieron a la altura de aprovecharse de esa revolución, víctimas como estaban de la aristocracia. El resultado fue que en el siglo XVII se trasladara el centro de la dinámica histórica hacia Inglaterra, Holanda y Francia. Inglaterra y Francia no se dejaron absorber por la aristocracia feudal como en España, sino que afirmaron la alianza entre la burguesía y la realeza. Inglaterra, protegida por su posición insular atlántica, acentuada la derrota de las viejas aristocracias internas con la revolución puritana de Cromwell, será el verdadero eje de esta segunda onda de predominio, de asentamiento de la burguesía. Acaeció entonces la revolución científica, simbolizada en Francis Bacon, Galileo, Descartes, Leibnitz y Newton. Estamos en el umbral de la revolución industrial. Iberia está ausente de este momento decisivo.

Los países ibéricos contribuyeron al enriquecimiento de Holanda y de Inglaterra. Las riquezas de América impulsaban al mercantilismo europeo y acrecían sus manufacturas, a la vez que ahogaban el propio. El desarrollo europeo promovía en América Latina nuevos rubros, pero siempre en función exclusiva de la demanda exterior. América Latina era la proveedora de materias primas y de alimentos. En el siglo XVIII España quiere hacer un último esfuerzo. Carlos III quiere deshacerse de la aristocracia y apoyar a la

burguesía, pero no apunta su esfuerzo hacia la reforma agraria que sola podía ser el sostén de la industria. Entonces, cuando la burguesía y el pueblo francés rompen las últimas trabas del Antiguo Régimen con la Revolución Francesa y la expansión napoleónica, se consume el ocaso español en América, pues España es ocupada.

En el siglo XIX Inglaterra se encuentra en plena revolución industrial. Su conflicto con la Francia napoleónica acelera el proceso. Se quiebra el Estado español y las Indias quedan vacantes, pero como fracasaran las invasiones inglesas en el Río de la Plata, Inglaterra se persuadió de la necesidad de cambiar de política. La única solución era desencadenar una revolución en las colonias y establecer un gobierno independiente dentro de ellas. Entonces América Latina se independizó de España para constituir una factoría agraria de Inglaterra. Faustino Sarmiento sintetiza la actitud de los patriciados latinoamericanos con estas palabras: "la América está en vísperas de alzarse en medio del globo, como el rico almacén en que todas las naciones industriales vendrán a proveerse de cuantas materias primas necesitan sus fábricas."

¿Y qué había ocurrido con la Iglesia?

El clero se dividió por sus opciones políticas. El bajo clero fue semillero de intelectuales revolucionarios, pues era como un sector ilustrado de las clases medias. El alto Clero, el episcopado, directamente vinculado a la Corona, mantuvo actitud legitimista. La prolongación de los tiempos revueltos dejó a la Iglesia casi sin obispos, pues las vacantes no eran provistas.

La fase legitimista llegó a su término durante el Pontificado romano de León XII. Pío VII (1816) había mantenido una actitud legitimista en la encíclica "Etsi longinquo". León XII se mantuvo neutral en la encíclica "Etsi iam diu" (1824), hasta que Gregorio XVI en la "Sollicitudo Ecclesiarum," reconoció en 1831 el hecho de la nueva situación

americana. En 1824, Roma envió por primera vez una misión a estas tierras para tomar contacto directo.

III

En el siglo XIX la Iglesia es sorprendida por la revolución industrial, teniendo como asiento esta la Inglaterra protestante. Inglaterra convierte en colonias o semicolonias a casi todo el resto del mundo. América Latina, muertos sus unificadores Bolívar, San Martín, Morazán, se tuvo que ajustar dentro de la órbita del Imperio Británico. Las clases dominantes tuvieron que responder adecuadamente a la demanda externa metropolitana y no se preocuparon por impulsar un desarrollo propio del país. Las iglesias latinoamericanas trataron de acudir a Roma para restablecerse. Se fundó entonces en 1859 el Colegio Pío Latinoamericano que inaugura el ciclo romanizado. En América se trabó una lucha por separarse del Estado. Estas primeras separaciones se produjeron en México y en Colombia hasta llegar a una mansa estabilización conformista.

En 1898, en la guerra de Cuba y Puerto Rico, España perdió su última colonia. Un nuevo imperio entró en escena: Los Estados Unidos que convirtieron a América Latina en apéndice agrario y reserva de materias primas. Surgieron luego las élites intelectuales y estudiantiles del ideal de la Patria Grande, con Rodó, Rubén Darío y otros, hasta culminar en el movimiento de la reforma universitaria latinoamericana de 1918. Desde entonces se ha venido gestando un vasto movimiento de redescubrimiento de las raíces primordiales de América Latina. Se nota un deseo de originalidad, sobre todo en el campo de la poesía. Teológicamente hemos seguido viviendo de renta. La Iglesia ha vivido hasta ahora en términos puramente eclesiásticos, litúrgicos y piadosos y la romanización que antes había sido para nosotros condición de supervivencia, se ha convertido en factor negativo. La formación clerical ha ignorado las

ciencias económicas y sociales y la historia. Y aun para ser obispo ha bastado a menudo el conocimiento del derecho canónico con dosificaciones de "doctrina social" no repensada en términos latinoamericanos. El Concilio Vaticano II ha venido a significar mucho para nuestro mundo en la lucha por su liberación, por realizar su propia industrialización y terminar con su atraso y dependencia agraria.

Estas anteriores consideraciones nos sitúan en el justo límite de nuestra actual posición. América Latina está atravesando un período de transición en que se constata el cierre de la sociedad agraria a la sociedad industrial. Vamos a calibrar teológicamente lo que significa ese tránsito con una cierta profundidad.

En nuestro planeta hay dos grandes masas terrestres: la isla mundial (Europa, Asia, Africa) y la isla continental (América). En la isla mundial acontecieron los hechos históricos más significativos: los grandes imperios agrarios localizados en el Medio Oriente, Europa, India y China. En el período neolítico (unos 10.000 años a.C.) se realizó una poderosa transformación: de las cavernas pasó el hombre hacia el progreso de la agricultura, de la vida sedentaria. Comenzó entonces la revolución urbana, dependiente de la agrícola. Las altas culturas agrarias se caracterizaron en su experiencia espiritual por un sentirse sumergidas en la Totalidad Monista, experiencia que podemos descubrir bajo formas mitológicas, cosmológicas o metafísico-religiosas. Ahora bien, Israel es el pueblo que rompe ese monismo primordial por su concepción de la historia. Detrás de la historia profana se desarrolla otra historia, la *historia salutis*, lo cual quiere decir que mientras se despliegan los dramas visibles de la historia política, económica, cultural, etc., un drama interior se desarrolla, no solamente en las conciencias individuales, si no también en los grupos humanos. Historia profana e historia santa no son dos realidades separadas, sino im-

plicadas mutuamente. En virtud de una promesa histórica se funda en Israel una esperanza que rompe los ciclos de la religión agraria. El hombre da sentido a la historia y la religión se seculariza. El amor a Dios se realiza en el amor al hombre. Todos los hombres son protagonistas de una historia de resurrección, para levantar el "nuevo Cielo y la nueva Tierra," para que la salvación sea plenitud y no haya "ni judío, ni griego, ni señor, ni esclavo, ni hombre, ni mujer, sino que todos sean uno en Cristo Jesús" (Gal. 3,28). Esta concepción bíblica es el fermento que poco a poco crea el estallido de los mundos agrarios. El hombre debe inventar la historia en razón de su responsabilidad en la transformación del cosmos (Gen. 1,26).

En el proceso de secularización la Iglesia como Pueblo de Dios debe volver al contacto viviente con el movimiento de la historia. Situar en esta dinámica de aceleración en que de una concepción más bien estática pasamos a una realidad en que surgen un nuevo conjunto de problemas que exigen nuevos análisis y nuevas síntesis (Gaudium et Spes, n.5)

Cuando el Documento de Medellín nos habla del momento histórico del hombre latinoamericano, nos está situando en la perspectiva de la búsqueda hacia nuestra propia liberación. Así como la misión de Israel es una misión de liberación para el hombre, porque se reducen los dioses a un único Dios celestial que se interesa por la marcha histórica del hombre, así también hoy la misión de la Iglesia en América Latina es darle la mano al hombre para que inicie su marcha histórica, como nuevo Exodo, hacia la redención definitiva. Solamente así se podrá lograr un contacto vivencial con el hombre de esta Patria Grande que se debate en la angustia.

U. M.